

9 de marzo 1979

Merceditas:

Sigo la carta de ayer.

Anoche estuve leyendo la famosa *Elegía de Marienbad*, que tú citaste una vez. No conocía yo esta elegía. No me gustó, a pesar de que Goethe la considerara importante, la caligrafiara con su propia letra y la encuadernara con unas pastas de seda roja y una cinta ad hoc.

No me gustó la elegía provocada por el desdén de Ulrica von Levetzow, de dieciocho años, que, por cierto, murió en 1899, a los noventa y cuatro años, soltera. Los versos, que seguramente estarán muy mal traducidos, en la versión que yo tengo, parecen demasiado entonados, hechos por un hombre de mucho oficio, que opera con fórmulas y que usa trucos para consolarse y quedar siempre por encima de los hechos, actitud, por lo demás, nada cristiana y un poco ridícula.

De esos trucos goethianos, de esas fórmulas del «gran hombre» / ¡merde! /, me molestan especialmente las invocaciones a la Naturaleza, al infinito, donde todos estamos inmersos, y a esa especie de totalidad hegeliano-spinozista, que nos subsume y nos hace perdurar en ella, aunque nuestra individualidad desaparezca. Hay en Goethe un optimismo fácil e imposible, tonto y, paradójicamente, triste, que no quiere conocer la realidad y aceptarla; se trata, por así expresarlo, del optimismo de disfrazar la realidad misma, lo cual resulta, en definitiva, un bla-bla. En vez de escribir la elegía citada, Goethe debió repetir la frase de San Juan; «Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas donde querías; pero, cuando seas viejo, otros te ceñirán y conducirán adonde no quieras ir».

Me llamaron la atención unos versos muy flojos, que rezan: «Todo poder de amar, todo deseo de ser amado, ya se disiparon». ¿Recuerdas cuando decías que los malos lectores sólo veían en los textos aquello que sucedía precisamente a ellos. Yo fui anoche un mal lector, pues descubrí en esos versos mi propia realidad. Habría que decir, sin

embargo, a Goethe y a mí mismo; «¡Vaya! No se pongan ustedes así, que no es para tanto».

Hay hombres que, a cierta edad o en ciertas circunstancias, se aburren escribiendo, como sucede, a mi juicio, a Enrique Tierno. Pero hay otros hombres que, en la misma edad o circunstancias, escriben para entretenerse. Esto ocurría, sin duda, a Goethe, después de los setenta años, aproximadamente. Se nota, se nota.

¿Recuerdas cuando hablábamos de las personas que renuncian a lo que no pueden alcanzar? Son como el eunuco que renunciara a la mujer. Mas también hay quienes «te niegan lo que no pueden dar», y en esto añaden a su impotencia un suplemento de crueldad. Dicen: «No te doy esto», y debieran decir: «Muchas gracias por su petición, pero ha de saber que yo no puedo darle lo que solicita, ya que no lo tengo desgraciadamente». En la elegía que comento, Goethe renunció, desde luego, a lo que no podía alcanzar. Habría que ver, con el texto alemán a la vista, si también negó lo que no podía dar.

Tenme contigo

Miguel

P:D.: ¿Serán, en adelante, nuestras cartas una forma epistolar del consuelo y del entretenimiento? ¿Llegaremos a tener consciencia de ello? Envidio, a veces, a Kant, porque, a muy alta edad, escribió implacable la *Crítica de la Razón Pura*, y ello no fue, sin duda, forma de consuelo, sino manifestación de una ferocidad sistemática y sistematizada. Hay hombres y hombres.

Escucha este trozo de una carta de Cecilia a Daniel:

«Has de reconocer que tu espíritu no se configuró para vivir y aceptar la alucinación de la entera realidad: el mundo te asusta».